

Cirujano de Hierro. La construcción carismática del general Primo de Rivera

Alejandro Quiroga Fernández de Soto

Universidad de Alcalá de Henares

Resumen: El artículo analiza el proceso por el cual el general Miguel Primo de Rivera intentó dotarse de una legitimidad carismática, una vez alcanzado el poder en 1923. Tomando un enfoque culturalista, se explora cómo se construyó el culto al líder a través de la propaganda oficial y las ceremonias de exaltación del caudillo nacional. Además se compara el culto de la figura de Primo de Rivera con los de Benito Mussolini y Francisco Franco. El artículo demuestra que muchos de los elementos empleados por los primorriveristas fueron posteriormente utilizados por los franquistas para elaborar un nuevo mito de caudillo carismático.

Palabras clave: Primo de Rivera, carisma, fascismo, Franco, Mussolini, caudillo.

Abstract: This article analyses the process by which General Primo de Rivera attempted to gain a charismatic legitimacy once he took power in 1923. The paper takes a culturalist approach and explores the use of the dictatorship's propaganda and ceremonies to foster the cult of Primo de Rivera. The study draws comparisons between the cults of Primo de Rivera, Benito Mussolini and Francisco Franco. The article concludes that many of the features used to create a charismatic legitimacy under Primo de Rivera were later employed by the Francoists in the making of a new myth of the patriotic leader.

Keywords: Primo de Rivera, charisma, fascism, Franco, Mussolini, leader.

A principios de 1927, la prestigiosa revista *Foreign Affairs* publicaba un artículo sobre el general Miguel Primo de Rivera, en el que se describía al dictador español como un líder fuerte, decidido, tenaz y con una constitución física de hierro¹. Su autor, el norteamericano R. T. Desmond, presentaba a Primo de Rivera como un hombre con una enorme capacidad de trabajo y como un brillante estratega militar que había acabado para siempre con los problemas coloniales en Marruecos. Además, Desmond consideraba que el éxito del plebiscito organizado por Primo de Rivera en septiembre de 1926, en el que se recogieron firmas de apoyo al régimen, demostraba de un modo innegable que el marqués de Estella era un hombre querido por la mayoría de su pueblo. Este cariño popular no dejaba de tener cierta lógica, ya que, según el escritor estadounidense, los españoles no estaban preparados para gobernarse y preferían ser dirigidos a molestarse ellos mismos en tomar parte en los asuntos públicos. Más allá de sus altas dosis de paternalismo hacia los españoles, tan típicas de algunos anglosajones de la época, el artículo de Desmond nos muestra cómo los mitos que la maquinaria propagandística de la dictadura de Primo de Rivera había ido creando sobre el marqués de Estella encontraron cierta acogida en el extranjero, incluido en algunos ambientes intelectuales.

En España, la idea de que Primo de Rivera era una especie de superhombre con cualidades excepcionales que había salvado al país de la hecatombe con su golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923 se convirtió en la piedra angular de la propaganda oficial. La cosa también tenía su lógica, porque con el golpe de Estado y la instauración del Directorio Militar, Primo de Rivera estableció un gobierno ilegal, que carecía de legitimidad constitucional. Y a medida que el marqués de Estella fue dejando clara su intención de abandonar definitivamente la Constitución de 1876 y construir un régimen político completamente nuevo, la necesidad de dotar al dictador de una legitimidad de tipo carismático no hizo más que aumentar. Como en el resto de las dictaduras contrarrevolucionarias europeas del periodo de entreguerras, fueran estas genuinamente fascistas o no, la legitimidad tradicional otorgada por la monarquía y la Iglesia se mostró claramente insuficiente en España a la hora de construir un nuevo régimen. Al igual que en los casos

¹ R. T. DESMOND: «Dictatorship in Spain», *Foreign Affairs*, 5 (1927), pp. 276-292.

de Miklós von Horthy en Hungría, Benito Mussolini en Italia y Joséf Pilsudski en Polonia durante la década de los veinte, Primo de Rivera tuvo que construirse un aura carismática para justificar su poder, presentándose como el caudillo que venía a liderar el proceso de regeneración nacional.

Estos procesos históricos de creación de un aura carismática se denominan «carismatización» (*charismatization*)². Se trata de mecanismos de construcción de la imagen de un dictador, a través de medios de comunicación, propaganda oficial y ceremonias patrióticas, con los que se pretende dotar al dirigente político de unas connotaciones especiales que sirvan para justificar un ejercicio autoritario del poder³. Estos procesos de fabricación de un aura carismática debemos contextualizarlos en una Europa traumatizada tras la Primera Guerra Mundial. El desmoronamiento de los imperios alemán, ruso, austro-húngaro y otomano, el triunfo de la Revolución Bolchevique y el avance de los postulados izquierdistas dejaron bien claro a los líderes europeos que los viejos mecanismos de control político eran insuficientes en las nuevas sociedades de masas. En este clima de crisis, las dictaduras conservadoras, ya fueran regímenes fascistas o autoritarios de corte más tradicional, surgieron en Europa como parte de un proceso de experimentación de las elites con nuevas formas de control político y legitimación populista⁴.

El régimen de Primo de Rivera no fue una excepción. El dictador fue respaldado inicialmente por importantes grupos de elite de la sociedad española, «fascistizó» su régimen, es decir, fue incorporando de un modo selectivo ideas de la dictadura italiana, a medida que intentaba desarrollar su proyecto de construir un Estado nuevo y promovió un culto a su persona para dotarse de un aura carismática que supliese su falta de legitimidad constitucional. Sin embargo, la historiografía ha prestado muy poca atención a la cuestión

² Roger EATWELL: «New Styles of Dictatorship and Leadership in Inter-War Europe», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7-2 (2006), pp. 127-137, p. 136.

³ John BREUILLY: «Max Weber, charisma and nationalist leadership», *Nations and Nationalism*, 17-3 (2011), pp. 477-499.

⁴ Aristotle KALLIS: «“Fascism”, “Para-fascism” and “Fascistization”: On the similarities of Three Conceptual Categories», *European History Quarterly*, 33-2 (2003), pp. 219-249, y Antonio COSTA PINTO: «Elites, Single Parties and Political Decision-making in Fascist-era Dictatorships», *Contemporary European History*, 11 (2002), pp. 429-454.

del carisma y la construcción del culto al general Primo de Rivera a la hora de analizar el régimen⁵. Esto contrasta de un modo evidente con su contemporáneo Benito Mussolini, cuya construcción carismática sí ha sido ampliamente analizada⁶. En las siguientes páginas pretendemos cubrir parcialmente esta laguna analizando el proceso de «carismatización» del dictador español, la construcción del culto de Primo de Rivera y los problemas con los que se encontraron los primorriveristas en su elaboración. Partimos aquí de un enfoque culturalista. No se trata de analizar las cualidades psíquicas de Primo de Rivera como líder, sino de estudiar cómo se construyó su culto como caudillo una vez alcanzado el poder. Al igual que en el caso de Francisco Franco, la figura carismática de Miguel Primo de Rivera se creó *ad hoc* para legitimar su mandato⁷. El presente artículo está dividido en dos partes. La primera analiza los esfuerzos de «carismatización» del dictador llevados a cabo durante el Directorio Militar (1923-1925) y la segunda la promoción del culto del general Primo de Rivera durante el Directorio Civil (1926-1930).

⁵ Un breve análisis sobre el culto a Primo de Rivera en Alejandro QUIROGA: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, pp. 306-308.

⁶ Renzo DE FELICE: *Mussolini il duce. Gli anni del consenso (1929-1936)*, Turín, Einaudi, 1996 (1.ª ed. 1974), pp. 534-587; Piero MELOGRANI: «The Cult of the Duce in Mussolini's Italy», en George MOSSE (ed.): *International Fascism*, Londres, Sage, 1979, pp. 73-90; Luisa PASSERINI: *Mussolini immaginario. Storia di una biografia, 1915-1939*, Bari, Laterza, 1991; Angelo Michele IMBRIANI: *Gli italiani e il Duce. Il mito e l'immagine di Mussolini negli ultimi anni del fascismo (1938-1943)*, Nápoles, Liguori, 1992; John POLLARD: «Mussolini's Rivals: The limits of the Leadership Cult in Fascist Italy», *New Perspective*, 4-2 (1998), pp. 26-29, y Didier MUSIEDLAK: «Mussolini: le grand dessein à l'épreuve de la réalité», *Parlement[s], Revue d'histoire politique*, 13 (2010), pp. 51-62.

⁷ Sobre Franco, Francisco SEVILLANO: *Franco. Caudillo por la gracia de Dios, 1936-1947*, Madrid, Alianza Editorial, 2010; Laura ZENOBI: *La construcción del mito de Franco*, Madrid, Cátedra, 2011; Enrique MORADIELLOS: *Francisco Franco. Crónica de un caudillo casi olvidado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pp. 65-93, y Antonio CAZORLA: *Francisco: The Biography of the Myth*, Nueva York, Routledge, 2013, e Ismael SAZ: «Franco, ¿caudillo fascista? Sobre las sucesivas y contradictorias concepciones falangistas del caudillaje franquista», *Historia y Política*, 27 (2012), pp. 27-50. Sobre José Antonio Primo de Rivera, Vicente SÁNCHEZ BIOSCA: «El Ausente, ¡Presente!: el carisma cinematográfico de José Antonio Primo de Rivera, entre líder y santo», *Archivos de la Filmoteca. Revista de Estudios Históricos sobre la Imagen*, 46 (2004), pp. 66-87. Unos apuntes un tanto inconexos del uso del mito de José Antonio por parte de Franco, Stanley G. PAYNE: «Franco, the Spanish Falange and the Institutionalisation of Mission», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7-2 (2006), pp. 191-201.

El Directorio Militar

La búsqueda de una legitimidad para la dictadura comenzó con el golpe de Estado. En su *Manifiesto al País y al Ejército* del 13 de septiembre de 1923, Primo de Rivera justificaba su insurrección como la única forma de salvar a una patria en peligro de muerte debido a las acciones de «los profesionales de la política», la violencia anarquista, la «impune propaganda comunista» y la «descarada propaganda separatista»⁸. El capitán general de Cataluña reconocía que su acción era ilegal y que el nuevo régimen nacía de una «indisciplina formularia», pero la disculpaba porque se hacía siguiendo la voluntad del pueblo y se pretendía liberar al país de ese «cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron en el año 98 y amenazan a España con un fin trágico y deshonoroso». Este discurso de salvación nacional, con su referencia a mitos históricos y su sentimiento de misión trascendental, tenía como objetivo dotar de cierta connotación mesiánica a Primo de Rivera como líder patriótico. Se trataba de un mensaje que enfatizaba la situación de crisis histórica para justificar no sólo la actuación política ilegal, sino la concentración de poder en una figura superior, algo que se convirtió en una constante de los procesos de «carismatización» de las dictaduras fascistas⁹.

Es cierto que cuando Primo de Rivera dio el golpe de Estado ya era una figura conocida que había cultivado durante años su popularidad, primero, como capitán general de Valencia (1920-22) y, después, de Cataluña (1922-23). Esta popularidad de Primo de Rivera antes de la dictadura sirvió para que el marqués de Estella se convenciera de la importancia de su papel como líder político y, a buen seguro, influyó en su decisión de postularse como la cabeza directora del golpe de Estado¹⁰. Sin embargo, durante su etapa en

⁸ Jordi CASASSAS: *La Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*. Textos, Barcelona, Anthropos, 1983, pp. 81-87.

⁹ Aristotle KALLIS: «Fascism, “Charisma” and “Charismatisation”: Weber’s Model of “Charismatic Domination” and Interwar European Fascism», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7-1 (2006), pp. 25-43, p. 29.

¹⁰ Shlomo BEN-AMI: *La Dictadura de Primo de Rivera 1923-1930*, Barcelona, Planeta, 1984, p. 44, y Francisco ROMERO SALVADÓ: *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Spain, 1916-1923*, Londres, Routledge, 2008, pp. 287-288.

Barcelona, Primo de Rivera no tuvo que convertirse en un líder carismático, en tanto en cuanto el capitán general de Cataluña ejerció su poder dentro de la legitimidad política que le proporcionaba el sistema de la Restauración. Una vez Primo de Rivera suspendió la Constitución de 1876 e instauró una dictadura militar, tuvo que buscar la legitimidad de su poder en otras fuentes. Si seguimos el modelo clásico de Max Weber y distinguimos entre la legitimidad racional (de base legal), la tradicional (que emana de instituciones como la monarquía o la Iglesia) y la carismática (que descansa en las cualidades extraordinarias de un individuo), tendremos que Primo de Rivera prescindió básicamente de la legitimidad legal y trató de dotarse de una legitimidad carismática, apelando al heroísmo de la salvación nacional y diciendo actuar siguiendo la voluntad del pueblo¹¹. Al mismo tiempo, Primo esgrimió el respaldo del rey y del ejército para justificar su gobierno. Desde un principio Primo combinó una legitimidad tradicional, otorgada fundamentalmente por el apoyo del monarca a la dictadura, con la búsqueda de una legitimidad carismática que justificara un régimen de excepción permanente de salvación nacional.

La construcción de Primo de Rivera como figura carismática se realizó desde el poder en varios ámbitos. En el plano discursivo, el propio marqués de Estella se encargó de presentarse, ya desde el Manifiesto del 13 de septiembre, como el líder que tenía que operar el cuerpo enfermo de la nación. Se trataba, según decía, de un cirujano por petición popular, ya que el «pueblo sano» español le había pedido intervenir, para que acabase con los «gusanos» de los políticos que estaban devorando la patria¹². Al adoptar un discurso pseudocientífico de corte regeneracionista, que recordaba en parte a la figura del Cirujano de Hierro de Joaquín Costa, el Directorio Militar buscaba obtener el respaldo de diversos sectores de la sociedad española¹³. Se trataba de una apuesta medianamente se-

¹¹ Max WEBER: *Economy and Society. An Outline of Interpretive Sociology*, 2.ª ed., Berkeley, University of California Press, 1978, pp. 212-250.

¹² Los entrecomillados en Manuel RUBIO: *Crónica de la Dictadura*, Barcelona, Nauta, 1974, p. 154. Otras metáforas médicas y vocabulario científico usado por Primo en *La Vanguardia*, 11 de julio de 1925; *La Nación*, 19 de octubre de 1925; Dionisio PÉREZ: *La Dictadura a través de sus notas oficiosas*, Madrid, CIAP, 1930, pp. 32-37, y Miguel PRIMO DE RIVERA: *Disertación ciudadana*, Madrid, Imprenta Clásica Española, s. f., p. 23.

¹³ Conviene señalar, no obstante, que pese a la simpatía que Primo le tenía a

gura, porque el vocabulario y los tópicos regeneracionistas habían penetrado profundamente en la conciencia de muchos ciudadanos durante los últimos años de la Restauración, particularmente de las clases medias¹⁴. De un modo complementario, los primorriveristas propagaron una imagen del dictador como líder profético y salvador de la patria en términos religiosos¹⁵. Para la propaganda oficial, Primo era un enviado de la providencia que con su golpe de Estado había rescatado a España del abismo. Se creó entonces una historia mesiánica, que vinculaba al dictador con la voluntad de Dios y que el mismo Primo no tuvo mayor empacho en contar en más de una ocasión¹⁶.

El culto al caudillo en la dictadura formó parte de un amplísimo programa de nacionalización de masas por el cual el régimen intentó adoctrinar a la población en un españolismo autoritario, católico y monárquico. En este sentido, la propagación de la imagen de Primo de Rivera fue paralela a la de la propia dictadura, al modelo autoritario de nación española y, sobre todo en las etapas iniciales del régimen, al del rey. Para realizar las labores de propaganda Primo creó la Oficina de Información. Se trataba de un gabinete con poderes extraordinarios que centralizaba las labores de censura y distribuía los discursos y escritos y del dictador, en especial sus famosas «notas oficiosas» —los artículos de prensa de inserción obligatoria en todos los periódicos—¹⁷. Además de gastarse

Joaquín Costa, el dictador no hizo mención expresa del escritor oscense durante el Directorio Militar. Sólo en los últimos años del régimen comenzaron a citar Primo y sus propagandistas a Costa de un modo habitual. Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE: «Retórica regeneracionista y pseudocostismo en la Dictadura de Primo de Rivera», en *Legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura-Diputación General de Aragón, 1984, pp. 139-173.

¹⁴ María Teresa GONZÁLEZ CALBET: *La Dictadura de Primo de Rivera. El Directorio Militar*, Madrid, El Arquero, 1987, pp. 50-51 y 265.

¹⁵ Entre múltiples ejemplos puede verse *La Nación*, 11 de diciembre de 1925; *El Somatén*, agosto de 1924, y MASK: *Hacia la España nueva: pasado, presente y porvenir del Directorio Militar*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1925, p. 189.

¹⁶ Por ejemplo, en un discurso en Zaragoza el 27 de mayo de 1924, Dionisio PÉREZ: *La Dictadura...*, p. 52.

¹⁷ Celedonio DE LA IGLESIA: *La censura por dentro*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930, pp. 75-76. Véanse también FRANCISCO VILLANUEVA: *La dictadura militar: II tomo de «Obstáculos tradicionales»*, Madrid, Morata, 1930, pp. 146-162, y Gonzalo SANTONJA: *Del lápiz rojo a lápiz libre. La censura previa de publicaciones y sus consecuencias editoriales durante los últimos años del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, Anthropos, 1986.

dinero público en la compra de unos sesenta periódicos provinciales para asegurarse un potente altavoz y crear el diario progubernamental *La Nación*, Primo encomendó a los delegados gubernativos, los afiliados de Unión Patriótica y los miembros del Somatén que realizaran labores de adoctrinamiento y movilización en todos los pueblos y aldeas del país¹⁸. Con este fin se organizaron cientos de desfiles militares, «actos de afirmación patriótica» y bendiciones de banderas del Somatén por toda España, al tiempo que se lanzaron campañas gubernamentales para fomentar la moral patriótica en múltiples localidades¹⁹. Para completar la labor, Primo exigió la cooperación activa del clero con los miembros de UP durante sus «campañas educativas»²⁰. Al principio la estrategia pareció dar resultado, ya que la jerarquía católica cooperó abiertamente con el régimen. Por ejemplo, cuando a finales de 1924 el Directorio Militar lanzó una campaña propagandística contra sus críticos en el exilio, la Iglesia ofreció todo su apoyo al dictador y movilizó a las multitudes católicas para que mostraran en la calle su oposición a esos «mal llamados españoles»²¹.

Como en la Italia fascista, el partido oficial en España actuó como intermediario entre el líder y las masas²². Es cierto que la UP no tenía la fuerza propagandística del Partito Nazionale Fascista, pero eso no impidió que el régimen desarrollara cierto gusto por la teatralización del apoyo popular al dictador. El 29 de mayo de 1924, por ejemplo, 30.000 upetistas se congregaron en Medina del Campo para asistir a un discurso del jefe nacional de la UP, es decir, de Primo de Rivera²³. En Madrid, la UP coordinó con frecuencia desfiles frente a la residencia de Primo, el palacio de Buenavista, para mostrar su apoyo al dictador. Al ver este tipo de liturgia, el embajador británico en España no pudo evitar pensar en las concentraciones fascistas que se organizaban en Italia frente al Palazzo Venezia²⁴. La imagen y el nombre del dictador también se volvie-

¹⁸ Las instrucciones a los delegados en Real Decreto de 20 de octubre de 1923, Real Orden de 9 de diciembre de 1923 y Real Decreto de 20 de marzo de 1924.

¹⁹ Manuel RUBIO: *Crónica...*, pp. 128-129, 143-44, 157 y 161.

²⁰ *ABC*, 25 de enero de 1925, y *La Nación*, 3 de noviembre de 1925.

²¹ Shlomo BEN-AMI: *La dictadura...*, p. 76.

²² Como defendía *La Nación*, 11 de diciembre de 1925.

²³ Un reportaje fotográfico del evento fue publicado en *Unión Patriótica*, 1 de noviembre de 1926.

²⁴ Shlomo BEN-AMI: *La dictadura...*, p. 110.

ron importantes objetos de propaganda. Los medios oficiales no cesaron de publicar imágenes del «Caudillo nacional» en periódicos, revistas, libros, panfletos, folletines y postales durante toda la dictadura. Los retratos del jefe nacional solían presidir las sedes de la UP y en los actos de afirmación patriótica y mítines se sacaban a la calle imágenes del dictador²⁵. Además, en un esfuerzo por promover la figura del líder patrio, a la vez que por conquistar el espacio público, el Directorio puso a decenas de calles en distintos pueblos de España el nombre del dictador y la mayoría de las nuevas escuelas públicas se llamaron Primo de Rivera²⁶.

La guerra, como en tantos otros casos, sirvió para incrementar la imagen mítica del líder patriótico. En el otoño de 1925, el Directorio no tardó en sacar provecho propagandístico de la victoria de las tropas españolas contra los rifeños en Alhucemas. Aunque no era posible aún vislumbrar el fin de la guerra en Marruecos, el Real Decreto del 6 de octubre de 1925 describía el desembarco de Alhucemas como «la más ardua empresa» lograda jamás por un ejército colonial y otorgaba a Primo la distinción máxima de las Fuerzas Armadas españolas: la Gran Cruz Laureada de San Fernando²⁷. Si antes de la invasión de Alhucemas Primo había sido comparado con Mussolini, Mustafa Kemal e incluso Lenin por su entusiasmo revolucionario y su papel como salvador de la Patria, en el otoño de 1925 la prensa primorriverista emparejó el talento militar de Primo con el de Napoleón²⁸.

El dictador consideró que la victoria en Alhucemas era un excelente momento para la exaltación de su figura. De regreso de África, Primo postergó su llegada a Madrid para visitar algunos pueblos andaluces y participar en las celebraciones públicas que se organizaban en su honor. Una vez en la capital de España, el dictador fue galardonado con el título de «Hijo Adoptivo» por todos los alcaldes de la provincia de Madrid. Por toda España se celebraron desfiles militares en conmemoración de la conquista y los sol-

²⁵ Entre otros muchos ejemplos, véanse *El Somatén*, agosto 1924; *Unión Patriótica*, 1 de abril de 1927, y *La Nación*, 13 de septiembre de 1927.

²⁶ Docenas de informes sobre la creación de escuelas públicas en Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Presidencia del Gobierno, leg. 358.

²⁷ Real Decreto de 6 de octubre de 1925.

²⁸ Para las comparaciones de Mussolini con Mustafa Kemal, véase, *El Somatén*, agosto de 1924. La exaltación del talento militar de Primo y la comparación con Napoleón y Lenin en MASK: *Hacia otra España...*, p. 189.

dados repatriados fueron recibidos como héroes en una gran gira organizada por el régimen a principios de octubre de 1925. El destino final de este periplo fue Madrid, donde las tropas marcharon entre las multitudes que colmaban las calles de la capital en un desfile presidido por el rey y por las autoridades militares, civiles y religiosas²⁹. Deseoso de movilizar a la población, el régimen dispuso que los delegados gubernativos organizaran «actos patrióticos» en sus distritos en memoria de los caídos por la patria en Marruecos. Según los informes de delegados gubernativos y gobernadores civiles, los militares organizaron con éxito docenas de estos actos. En el marco de estas celebraciones, algunos pueblos y aldeas rebautizaron calles y plazas con el nombre del dictador o con la fecha del 13 de septiembre³⁰. Como en otras dictaduras europeas, la fecha de instauración del régimen pasaba a celebrarse como el momento fundacional mítico de la nueva patria que renacía tras la intervención del caudillo carismático³¹.

La victoria en Alhucemas sirvió también para incrementar la imagen providencial del dictador. El apoyo de la Iglesia a la «misión civilizadora» de España en Marruecos dio un impulso decisivo a la identificación del catolicismo con la nación y con el régimen. Así, las misas por los caídos en África y en conmemoración de la victoria de España contra los rebeldes rifeños se convirtieron en elementos centrales de los desfiles militares presididos por Primo. La consagración de la enseña nacional y la bendición de las tropas fueron rituales claves en estas ceremonias nacionalistas, donde también se ensalzaba la figura del líder salvador de la patria³². De esta manera, la sacralización de la nación y la santificación del dictador fueron más allá de los discursos políticos y pasaron a representarse como rituales cristianos. En estas ceremonias, la nación se reafirmaba con el uso del simbolismo cristiano de la muerte y la resurrección, y las connotaciones místicas de la sangre y el sacrificio de los caídos en África pasaron a formar parte de la «comunidad» pública del dictador con el pueblo. Como en la Italia fascista,

²⁹ Manuel RUBIO: *Crónica...*, pp. 161-162.

³⁰ Las instrucciones a los delegados y la celebración de actos patrióticos en AHN, Presidencia del Gobierno, leg. 331, caja 2.

³¹ Antonio COSTA PINTO y Stein Ugelvik LARSEN: «Conclusion: Fascism, Dictators and Charisma», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7-2 (2006), pp. 251-257.

³² Manuel RUBIO: *Crónica...*, pp. 128-129, 143-44, 157 y 161.

el culto al líder se convirtió en uno de los ingredientes principales de un proceso de sacralización de la política, por el que se fueron otorgando características mesiánicas a los líderes nacionales y celebrando a las naciones como entes religiosos³³. Pero, a diferencia de Mussolini, la «religión patriótica» de Primo contó con la bendición inicial y la participación activa de la Iglesia católica.

El Directorio Civil

El triunfo en Alhucemas tuvo consecuencias más allá de la propaganda. La «pacificación» del Protectorado permitió a Primo de Rivera pasar a una fase más avanzada en su proyecto de construcción de un Estado nuevo. Una vez abandonado definitivamente el discurso de que la labor de Primo era una intervención quirúrgica temporal, el nuevo entramado primorriverista requería una mayor dosis de legitimidad carismática. El «cirujano de hierro» pasaba a jugar a «arquitecto de Estado». El plebiscito de septiembre de 1926, en el que los ciudadanos fueron invitados a firmar para mostrar su apoyo al dictador y a la creación de una asamblea corporativa, fue un intento, un tanto burdo si se quiere pero intento a fin de cuentas, de otorgar una cierta apariencia de respaldo popular al régimen y a sus reformas.

En el terreno del culto al líder, la maquinaria del régimen aceleró durante el Directorio Civil el proceso de fabricación de una legitimidad carismática hasta alcanzar unas cuotas propagandísticas nunca vistas en España. José María Pemán, José Pemartín, Julián Cortés Cavanillas y otros ideólogos de la UP promovieron una imagen del dictador como un superhombre de «intuiciones luminosas» guiado por la providencia³⁴. La dictadura también utilizó la radio y el cine para difundir su mensaje. Estos nuevos medios de comu-

³³ Para el caso italiano, véanse Emilio GENTILE: *The Sacralization of Politics in Fascist Italy*, Cambridge-Londres, Harvard University Press, 1996, y Maurizio RILDOLFI: *Le feste nazionali*, Bolonia, Il Mulino, 2003, pp. 72-92.

³⁴ La cita en José María PEMÁN: «Prólogo», en Miguel PRIMO DE RIVERA: *El pensamiento de Primo de Rivera. Sus notas, artículos y discursos*, Madrid, Sáez Hermanos-Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana, 1929, p. 9. Otros ejemplos de dictador mesiánico en José PEMARTÍN: *Los valores históricos en la dictadura española*, Madrid, Arte y Ciencia, 1928, p. 127; Julián CORTÉS CAVANILLAS: *La dictadura y el dictador*, Madrid, Talleres Tipográficos Velasco, 1929, pp. 311-313, y Emi-

nicación se convirtieron rápidamente durante el periodo de entreguerras en importantísimos «vehículos de carismatización» en toda Europa y España no fue una excepción³⁵. En unos años donde la radiodifusión se extendió por todo el país, la dictadura colocó censores en todas las estaciones y Primo aprovechó los micrófonos de las emisoras para dar discursos patrióticos³⁶. El régimen también se interesó por las imágenes y ya durante el Directorio Militar encargó un documental propagandístico sobre el sometimiento de las banderas guipuzcoanas ante la enseña española en el Día de Guipúzcoa, en marzo de 1924. A éste le siguieron otros con títulos tan significativos como «El resurgir de España», «Impresiones de la España actual» o «La España de hoy». El régimen sabía lo que quería y estaba dispuesto a explorar nuevas vías de propaganda. En 1928, un documental que recogía un discurso de Primo se convirtió en el primer film sonoro grabado en España. En la alocución, el dictador se mostraba consciente de que el sonoro era «uno de los progresos modernos que mayor revolución e influencia puede ejercer en el arte de la difusión de las ideas»³⁷.

Para centralizar la labor de proselitismo primorriverista, la dictadura creó en 1928 la Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana (JPPC). Concebida como sección especial del Gabinete de Prensa y Censura, la JPPC estaba dirigida por el teniente coronel Máximo Cuervo. Junto a un equipo de cincuenta militares, Cuervo organizó varios ciclos de «conferencias patrióticas» y produjo una serie de panfletos y tarjetas postales con la imagen de Primo de Rivera que se distribuyeron entre los funcionarios y el público en general³⁸. Al mismo tiempo, la JPPC coordinó la publicación en masa de los libros firmados por el dictador y sus ideólogos. Estos volúmenes fueron más tarde enviados a todos los gobernadores civiles, que a su vez los distribuyeron en escuelas, organizaciones culturales, ayunta-

lio RODRÍGUEZ TARDUCHY: *Psicología del dictador*, Madrid, Sáez Hermanos, 1929, pp. 103-109.

³⁵ Roger EATWELL: «The Concept and Theory of Charismatic Leadership», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7-2 (2006), pp. 141-156.

³⁶ Carmelo GARITAONANDÍA: «La radiodifusión durante la Dictadura de Primo de Rivera. Los orígenes», en José Luis GARCÍA DELGADO (ed.): *La crisis de la Restauración*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 361-402, pp. 370-72.

³⁷ Rosa CAL: «La Dictadura de Primo de Rivera y los documentos cinematográficos de propaganda», *Historia y Vida*, 366 (1998), p. 11.

³⁸ AHN, Presidencia del Gobierno, legs. 199, caja 1, y 192, caja 2.

mientos, bibliotecas, cuarteles y sedes de la UP³⁹. Además, la JPPC orquestó una serie de «manifestaciones patrióticas» en protesta por una supuesta «conspiración» de la prensa extranjera para desprestigiar al Directorio Civil y contra las muy reales revueltas estudiantiles en las universidades españolas⁴⁰. Con la ayuda de los gobernadores civiles, la JPPC movilizó a los militantes de la UP para que participaran en actos patrióticos, en los que se recogieron firmas en apoyo al dictador y se distribuyeron miles de panfletos. Como dijera de un modo poco delicado, pero muy ilustrativo, el gobernador civil de Lugo, estos actos suponían una buena oportunidad para «inundar la provincia de panfletos y hacer que los ciudadanos se traguen sus conceptos»⁴¹.

Las movilizaciones de la población para homenajear al dictador aumentaron durante el Directorio Civil. En enero de 1926, según la prensa oficial, las liturgias celebradas durante la visita del marqués de Estella a Barcelona incluyeron un desfile de 20.000 upetistas, así como una manifestación frente al Teatro Olimpia que reunió a 7.000 simpatizantes⁴². En septiembre de 1928, las celebraciones del quinto aniversario del golpe pusieron en marcha toda la maquinaria propagandística de la UP. Durante una semana, los upetistas organizaron reuniones, comidas y desfiles en cientos de pueblos por todo el país⁴³. El momento cumbre tuvo lugar en Madrid, a donde llegaron miles de militantes de la UP de toda España. Como haría años más tarde el franquismo, la dictadura primorriverista tuvo a bien pagarles los billetes de tren y los bocadillos a los manifestantes progubernamentales. Según *La Nación*, 100.000 upetistas desfilaron por las calles de Madrid el 13 de septiembre de 1928 en conmemoración del aniversario⁴⁴. Tres días más tarde, 40.000 primorriveristas se congregaron en Barcelona⁴⁵.

Fue precisamente durante las celebraciones del quinto aniversario del golpe de Estado cuando el distanciamiento entre el dictador

³⁹ La distribución de la propaganda en AHN, Presidencia del Gobierno, legs. 190, caja 1; 192, caja 1; 199, caja 1, y 204, caja 2.

⁴⁰ *Unión Patriótica*, 15 de abril de 1929.

⁴¹ Gobernador Civil de Lugo a Cuervo, 30 de julio de 1929, AHN, Presidencia del Gobierno, leg. 192, caja 1.

⁴² *Unión Patriótica*, 15 de abril de 1927.

⁴³ *La Nación*, 10, 11 y 12 de septiembre de 1928.

⁴⁴ *La Nación*, 13 de septiembre 1928.

⁴⁵ *La Nación*, 17 de septiembre 1928.

y el rey se hizo más que patente. Alfonso XIII no quiso participar en el baño de masas que sabía que se iba a dar Primo y se ausentó de las conmemoraciones con la excusa de que tenía que viajar a Suecia. En realidad, las diferencias entre el rey y el dictador venían agudizándose desde 1927, cuando Alfonso XIII firmó a regañadientes el decreto de creación de la Asamblea Nacional cediendo a las presiones del marqués de Estella⁴⁶. Las tensiones fueron creciendo y, en lo que supuso un clarísimo recado al monarca sobre quien mandaba verdaderamente en el país, el dictador declaró a unos periodistas que él no se iba dejar «borbonizar» como habían hecho otros dirigentes con antelación⁴⁷.

La relación entre Primo y la Iglesia católica también de resquebrajó durante el Directorio Civil. Los presupuestos culto y clero, la obligatoriedad de la asignatura de religión, la imposición de un texto único por asignatura en todos los centros educativos y la persecución de los religiosos catalanistas se convirtieron en motivos de enfrentamiento entre el régimen y la jerarquía de la Iglesia. Así, a medida que la dictadura fue realizando sus reformas educativas, presupuestarias y lingüísticas, los líderes eclesiásticos se fueron dando cuenta de que en el modelo primorriverista la Iglesia quedaba subordinada al Estado en todos los ámbitos, lo cual no hizo más que acelerar la confrontación⁴⁸.

El enfrentamiento con el monarca y la Iglesia era a la par lógico y contradictorio. Por un lado, la construcción del nuevo Estado autoritario tenía que descansar en la concentración de poder en el caudillo nacional, de ahí que durante el Directorio Civil se incrementara la propaganda sobre la figura de Primo y aumentaran los actos de culto al líder. Por otro lado, el régimen había hecho

⁴⁶ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 141. La falta de sintonía se produjo desde los primeros años de la dictadura. Véanse Xavier CASALS: «Miguel Primo de Rivera. El espejo de Franco», en Ramón TAMAMES y Xavier CASALS: *Miguel Primo de Rivera y Orbaneja*, Barcelona, Ediciones B, 2004, pp. 121-253, pp. 200-201, y Javier TUSELL: «El Rey y el Dictador», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, 6 (1993), pp. 215-232.

⁴⁷ Shlomo BEN-AMI: *Fascismo...*, p. 121.

⁴⁸ Alejandro QUIROGA: «La trampa católica. La Iglesia y la dictadura de Primo de Rivera», en Alfonso BOTTI, Feliciano MONTERO y Alejandro QUIROGA: *Católicos y patriotas. Iglesia y nación en la Europa de entreguerras*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 121-143.

hincapié desde un principio en que parte de su legitimidad venía dada por el apoyo de la Corona al golpe de Estado. Primo no podía sobrevivir exclusivamente con una legitimidad carismática y necesitaba la bendición de la monarquía y de la Iglesia para mantener unos mínimos de legitimidad tradicional, al menos hasta que la dictadura fuera lo suficientemente fuerte como para sobrevivir sin el apoyo de estas instituciones. Pero, al mismo tiempo, el proyecto de régimen contrarrevolucionario planteado por Primo pasaba necesariamente por la expansión del poder del Estado y por la exaltación populista del líder nacional, lo cual llevó irremediablemente al enfrentamiento con la Iglesia y con la Corona.

Esta doble confrontación tuvo consecuencias muy serias para el régimen. Los grupos de católicos sociales que componían una buena parte de los militantes de la UP fueron abandonando el partido oficial a partir del otoño de 1928. En abril de 1929, Ángel Herrera Oria, director del católico *El Debate* confesaba a Máximo Cuervo en una carta privada que sus seguidores esperaban el fin de la dictadura y la creación de un régimen monárquico sin Primo de Rivera⁴⁹. Junto a la institución que debía ayudar a sacralizar la figura de Primo en los procesos de culto al dictador, el marqués de Estella perdía el apoyo de un colectivo clave para transformar al partido en un verdadero organismo adoctrinador de masas. De un modo complementario, la confrontación con Primo llevó al monarca a apostar por la insurrección para derrocar al dictador. En enero de 1930, Alfonso XIII apoyó entre bastidores la conspiración militar orquestada por su primo el infante Carlos de Borbón y liderada por el general Manuel Goded, pero el dictador actuó con rapidez y desarticuló la sublevación. El marqués de Estella pasó entonces al contraataque y el 26 de enero organizó una consulta sobre su liderazgo entre todos los capitanes generales⁵⁰. Se trataba de una especie de plebiscito militar sobre la dictadura, que buscaba el reconocimiento explícito de que la legitimidad última del régimen recaía en Primo y no en el monarca. En términos weberianos, los capitanes generales tenían que elegir entre la legitimidad carismática del dictador y la tradicional del rey. Primo perdió la apuesta. El 27 de enero sólo José Sanjurjo y Enrique Marzo Ba-

⁴⁹ Ángel Herrera a Máximo Cuervo, 5 de abril de 1929, AHN, Presidencia, leg. 192, caja 2, carpeta 13003.

⁵⁰ Dionisio PÉREZ: *La Dictadura a través de sus notas...*, pp. 323-324.

laguer dieron su apoyo incondicional al dictador, mientras que el resto de los capitanes generales se mostraron leales al monarca⁵¹. El dictador dimitió esa misma tarde. El pulso entre Primo y Alfonso XIII lo acabó ganando el rey. Fue, no obstante, una victoria pírrica. Muchos españoles nunca perdonaron al monarca su apoyo y contribución a la dictadura y poco más de un año después, incapaz de desligarse de su pasado primorriverista, el rey se vio obligado a abandonar el trono y el país.

El hecho de que Primo de Rivera tuviera que acudir a los capitanes generales para intentar mantenerse en el poder es también indicativo de la falta de confianza del marqués de Estella en la UP y el Somatén Nacional. Sus sospechas no eran infundadas. Cuando en enero de 1929 se produjeron las insurrecciones de Valencia y Ciudad Real, los miembros del partido y la milicia se quedaron en casa, de manera que fue el ejército quien tuvo que encargarse de controlar la sublevación. Primo comprendió entonces que no podía contar con la movilización de la UP y del Somatén para defender el régimen⁵². Además, la intensificación de la revuelta estudiantil en la primavera de 1929 demostró la incapacidad de las Juventudes de UP para plantarle cara a una oposición que le estaba arrebatando las calles al partido⁵³. A diferencia de Mussolini, Primo fue incapaz de movilizar la milicia y el partido cuando su régimen se vio atacado⁵⁴. Esto no sólo muestra un grado muy inferior de compromiso político por parte de los miembros del partido oficial y los paramilitares españoles hacia el régimen primorriverista que el que demostraban los *fasci*, sino también que el nivel de respaldo popular de Primo era, en líneas generales, más bajo que el de Mussolini, quien sí pudo movilizar a sus incondicionales en momentos de crisis.

La capacidad de movilización en situaciones difíciles puede ser un buen indicador de la calidad de los procesos de «carismatización». No cabe duda de que el régimen primorriverista fue capaz de elaborar un culto al líder y movilizar a amplios sectores de la población, pero muy pocos de aquellos que asistieron a los «ac-

⁵¹ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo...*, pp. 376-377.

⁵² José CALVO SOTELO: *Mis servicios al Estado*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1974, p. 226.

⁵³ Alejandro QUIROGA: «Perros de paja: las Juventudes de la Unión Patriótica», *Ayer*, 59-3 (2005), pp. 69-96.

⁵⁴ Marco TARCHI: *Fascismo. Teorie, interpretazioni e modelli*, Roma-Bari, Laterza, 2003, pp. 146-148.

tos patrióticos» de la UP y a las ceremonias donde se bendecían las banderas del Somatén estaban dispuestos a jugarse el tipo por el marqués de Estella y a defender al régimen con las armas. El nivel de compromiso político de un upetista comparado con un fascista italiano era pequeño. Algunos datos avalan la «baja calidad» de la militancia primorriverista. El hecho de que el diario oficioso *La Nación* tuviera una tirada de meramente 50.000 ejemplares y la revista del partido, *Unión Patriótica*, sólo vendiera 15.000 copias nos indica que la inmensa mayoría de los miembros de un partido como la UP, que a la altura de 1927 decía tener más de 1.600.000 afiliados, ni se molestaba en leer la prensa oficial⁵⁵. Los informes de los jefes provinciales de la UP tampoco dejaban lugar a dudas. En abril de 1929, por ejemplo, el jefe provincial de la UP de Barcelona, Andrés Gassó y Vidal, informó amargamente al dictador de la inacción de sus militantes. En una descarnada carta al jefe Nacional, Gassó escribió que el 90 por 100 de los miembros del partido se sentían «indiferentes» o «decepcionados» con el régimen. Otro 5 por 100, continuaba Gassó, iba a los centros del partido sólo para leer el periódico y jugar a las cartas y el 5 por 100 restante deseaba «actuar de buena fe», pero debido a la falta de asistencia de sus jefes, su entusiasmo no podía materializarse⁵⁶.

El nivel de compromiso de los militantes de partidos oficiales en las dictaduras viene en cierto modo dado por la propia naturaleza del régimen y el vínculo que se establece con el líder. En los regímenes puramente fascistas se produjo un doble proceso de carismatización⁵⁷. En Italia y Alemania asistimos a una «carismatización genuina», que creó una «comunidad carismática» de unos pocos seguidores, normalmente los militantes más veteranos del partido, imbuidos de una mística del «Führerprinzip» propia de la ideología fascista. Este tipo de militantes, que en muchos casos había conocido al líder antes de que se convirtiera en dictador, fue el que se mantuvo leal al caudillo incluso en los momentos de máxima adversidad. Así, el apoyo que prestaron los «gerarchi» fascistas a Mussolini en el invierno de 1942-1943, cuando eran plenamente conscien-

⁵⁵ José Luis GÓMEZ-NAVARRO: *El régimen de Primo de Rivera: reyes, dictaduras y dictadores*, Madrid Cátedra, 1991, p. 233.

⁵⁶ Carta de Gassó a Primo, 20 de abril de 1929, AHN, Presidencia, leg. 446, caja 1.

⁵⁷ Sigo aquí la división de Aristotle KALLIS: «Fascism, “Charisma”...», pp. 29-33.

tes de que el Duce era incapaz de defender ni el partido ni el país, refleja la existencia de una comunidad original en la que el carisma del líder seguía ejerciendo un influjo potente⁵⁸. En el caso de Hitler, el Führer fue capaz de generar ciertos niveles de adoración popular en fechas tan tardías como 1943 y 1944, en unos años en el que las derrotas militares anunciaban el derrumbe del proyecto nacionalsocialista⁵⁹.

Junto a este proceso de carismatización genuina se dio en las dictaduras fascistas un proceso de carismatización basado en el culto al líder. Se trataba de un proceso manufacturado desde el poder, que se produjo también en todas las dictaduras contrarrevolucionarias europeas del periodo de entreguerras. Este culto al líder se puso en marcha de un modo racional desde arriba, pero en el caso de las dictaduras contrarrevolucionarias no emanó de una comunidad carismática preexistente a la toma de poder⁶⁰. A diferencia de la Italia de Mussolini y de la Alemania de Hitler, el régimen de Primo de Rivera construyó la figura carismática del líder español enteramente desde el poder. El primorriverismo no nació como un grupo fascista de oposición a la democracia en el que un grupo de miembros fundadores desarrollaron una «comunidad carismática» antes de que el partido llegara al poder. En septiembre de 1923, Primo de Rivera carecía de base política. La creación de la UP fue precisamente un intento de dotarse de una. Sin embargo, la propia naturaleza oficial del partido hizo que la calidad del compromiso de los militantes fuera mínima. A la altura de 1926, los dirigentes del régimen ya tenían claro que la UP era el caldo de cultivo perfecto para el desarrollo de las ambiciones personales de muchos de sus afiliados. En diciembre de ese año, los generales Joaquín Milans del Bosch y Emilio Barrera hicieron un llamamiento público para que se purgara el partido y se expulsara a «todos aquellos que se hubiesen afiliado a la UP de mala fe»⁶¹. Una vez caído el régimen, José Calvo Sotelo señaló que el problema principal de la UP había

⁵⁸ Simona COLARIZI: *L'opinione degli italiani sotto il regime, 1929-1943*, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp. 193-197.

⁵⁹ Ian KERSHAW: *The End: Hitler's Germany, 1944-45*, Londres, Allen Lane, 2011; *id.*: *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*, Barcelona, Paidós, 2003, y David WELCH: *The Third Reich: Politics and Propaganda*, Londres, Routledge, 1993.

⁶⁰ Aristotle KALLIS: «Fascism, "Charisma" ...», p. 34.

⁶¹ *Unión Patriótica*, 1 de diciembre de 1926.

sido precisamente su carácter oficial, ya que atrajo a muchas personas que querían beneficiarse de su afiliación al partido, pero que no se sentían comprometidas con el régimen, ni con su líder⁶². Con semejantes mimbres era difícil que el cesto primorrriverista aguantara intacto en los momentos difíciles.

Conclusiones

Como en todas las dictaduras contrarrevolucionarias de la Europa de entreguerras, el régimen primorrriverista intentó desarrollar un culto al líder para generar una legitimidad carismática que justificara su existencia. Al igual que en la Italia de Mussolini, Primo de Rivera se presentó como salvador de la patria y proyectó de un modo metódico la ecuación dictador = dictadura = nación. Pero, al contrario que en el caso de Mussolini, Primo de Rivera no pudo crearse una base de apoyo popular sólido, que fuera capaz de movilizarse por su líder en momentos de crisis. La clave de este fracaso la encontramos en la propia naturaleza del régimen. La dictadura era un régimen militar nacido de un golpe de Estado apoyado por el monarca y la Iglesia. La falta de una base política previa a la toma del poder imposibilitó que se llevara a cabo una «carismatización genuina» que pudiera crear un núcleo duro de seguidores, una comunidad carismática, capaz de jugarse la vida por el dictador. Es más, desde un inicio el marqués de Estella se vio obligado a compartir su legitimidad carismática de salvador de la patria con instituciones que otorgaban legitimidades tradicionales como la monarquía y la Iglesia. Una vez rechazada la legitimidad racional de la Constitución de 1876, Primo de Rivera intentó construir un nuevo Estado basándose fundamentalmente en una legitimidad carismática. En este nuevo proyecto la Iglesia y el rey quedaban en un plano claramente subordinado al caudillo nacional, lo cual llevó a un enfrentamiento de Primo con los jerarcas eclesiásticos y con Alfonso XIII. La pugna acabó con el régimen primorrriverista.

Los mitos generados durante la dictadura en el proceso de culto al líder sobrevivieron con mucho a Primo de Rivera. La imagen del líder salvador de la patria, que gobierna guiado por sus dotes so-

⁶² Como reconoció José CALVO SOTELO: *Mis servicios...*, pp. 331-332.

brenaturales de intuición y que es querido por el pueblo, fue promovida primero por sus antiguos colaboradores, luego por propagandistas franquistas y posteriormente por algunos profesores universitarios⁶³. En 1970, por ejemplo, José Manuel Cuenca Toribio señalaba que la «arbitrariedad y el personalismo de que dio abundantes muestras en el ejercicio del poder, tan del gusto del alma popular española de todos los tiempos, fueron igualmente factores decisivos del aura multitudinaria de la figura de Primo de Rivera»⁶⁴. En realidad, las tesis de Cuenca no distaban mucho de las que el norteamericano R. T. Desmond había empleado en *Foreign Affairs* en 1927. Para ambos, los españoles eran política y mentalmente menores de edad, no estaban preparados para una democracia y, además, disfrutaban con la arbitrariedad de los dictadores. En la década pasada, autores como Julio Escribano reprodujeron los mitos primorriveristas y presentaron a la dictadura como un régimen en el que el marqués de Estella «recogió el sentir ciudadano de la nación y quiso ponerlo en práctica ayudado por un grupo de militares que representaban la opinión del Ejército»⁶⁵. La lectura apologética en el caso de Escribano es de un simplismo sonrojante: Primo fue «un patriota de la milicia», que «unido al pueblo» intentó con su golpe de Estado restaurar la nación española⁶⁶.

Más allá de mostrar el gusto de ciertos autores por las dictaduras, lo cierto es que la pervivencia de los mitos creados por los propios primorriveristas no nos ayuda a comprender el régimen del marqués de Estella. Parece claro, en cualquier caso, que los españoles no disfrutaron de la arbitrariedad y el personalismo del dictador, no sólo porque nunca ha existido un «alma española de todos los tiempos» que pudiera identificarse con ese modo de dirigir el país, sino porque precisamente el desprecio de Primo por la ley llevó a muchos ciudadanos a apoyar una república basada en una legitimidad racional garantizada por una constitución democrática.

⁶³ Eduardo AUNÓS: *Primo de Rivera. Soldado y gobernante*, Madrid, Alhambra, 1944, y Ángel Manuel VARAS CARRASCO: «Elaboración de la imagen de Miguel Primo de Rivera en El Debate y Arriba», *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Contemporánea*, 11 (1998), pp. 91-111.

⁶⁴ José Manuel CUENCA TORIBIO: «Miguel Primo de Rivera a escala histórica», *Historia y Vida*, 22 (1970), p. 54.

⁶⁵ Julio ESCRIBANO HERNÁNDEZ: «Formación y defensa del Directorio Militar», *Cuadernos de Investigación Histórica*, 22 (2005), pp. 373-399, p. 379.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 376.

No parece casualidad que fuera la falta de respeto por la ley (incluso por la dictada por él mismo) una de las críticas más comunes al régimen tras la caída de Primo, ni que los republicanos fueran vistos en los meses anteriores a abril de 1931 como aquellos que iban a reinstaurar el imperio de la ley en España⁶⁷. El fracaso de la construcción de la legitimidad carismática incrementó el apoyo a un régimen basado enteramente en una legitimidad racional.

Pese a su fracaso, el proceso de carismatización durante la dictadura de Primo de Rivera le sirvió de experiencia a propagandistas como José María Pemán, José Pemartín, Julián Cortés Cavanillas y Máximo Cuervo, quienes pocos años más tarde se encargaron de elaborar un relato de Francisco Franco como el hombre providencial que supo salvar a la patria cuando se encontraba al borde de la hecatombe. En esto tuvo mucho que ver la capacidad catalizadora de la Segunda República en los contrarrevolucionarios. El régimen democrático aglutinó en su oposición a muchos conservadores que, como alternativa a la República, pronto empezaron a buscar un nuevo «cirujano de hierro», preferentemente militar⁶⁸. No fue casualidad que fuera un general el que remplazase a Primo de Rivera en el altar de los salvadores de la patria.

Como en el caso de su predecesor, Franco tuvo que construirse un aura carismática *ad hoc*, ya que no contaba con una base política de seguidores previa. El culto al líder franquista compartió con el primorrreverismo su gusto por la movilización desde arriba, las concentraciones contra las injerencias extranjeras, el discurso maniqueo de buenos y malos españoles y la santificación de una legitimidad de origen en un golpe de Estado presentado como un movimiento popular⁶⁹. En ambos casos, la figura del caudillo adquirió su significación mediante el culto a la patria y el proceso de la sa-

⁶⁷ Gabriel MAURA GAMAZO: *Al servicio de la historia. Bosquejo histórico de la Dictadura*, Madrid, Javier Morata, 1930; ID: *España bajo la Dictadura. Siete años sin ley*, Madrid, El Sol, 1930-1933; Quintiliano SALDAÑA GARCÍA-RUBIO: *Al servicio de la justicia. La orgía áurea de la Dictadura*, Madrid, Javier Morata, 1930, y Enrique MONTERO: «Reform idealized. The Intellectual and Ideological Origins of the Second Republic», en Helen GRAHAM y Jo LABANYI (eds.): *Spanish Cultural Studies*, Oxford, Oxford University Press, 1995, pp. 124-132, p. 129.

⁶⁸ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas en la Segunda República*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, pp. 50-80.

⁶⁹ Francisco SEVILLANO: *Franco. Caudillo...*, pp. 339-340.

cralización de la política se realizó en el marco de un Estado dictatorial. No obstante, el dictador gallego cimentó su poder durante una guerra civil que conllevó una movilización importante y dio lugar a la construcción de unos vínculos afectivos de sus seguidores con Franco mucho más sólidos de los que tuvo Primo de Rivera con los suyos. La contienda civil también sirvió para que la Iglesia propagara la figura de Franco como líder mesiánico de un modo mucho más intenso de lo que lo había hecho durante la dictadura primorriverista. Y lo que es más importante, a diferencia de lo ocurrido en los años veinte, la Iglesia católica, contenta con el «botín de guerra» que le procuraba el nuevo Estado franquista en materia educativa y económica, se mantuvo fiel a un dictador al que mitificó como «Caudillo por la gracia de Dios».